

APUNTES CRITICOS A LOS ESTUDIOS EPISTEMOLOGICOS EN LA ARGENTINA*

Clara A. Jalif de Bertranou

I.— EL SENTIDO DEL TEMA.

El tema propuesto para el desarrollo de toda investigación supone por lo menos dar respuesta a dos preguntas básicas. Se trata de saber qué es lo que se quiere estudiar y para qué, esto es, cuál es el sentido o la finalidad de lo realizado. Ambos interrogantes no son siempre satisfechos y, más aún, suelen ir acompañados de otras dificultades. Hoy la labor en el campo científico cultural conlleva un enorme acopio de realizaciones pero abre, al mismo tiempo, un espectro mucho mayor de tareas por realizar. Sabemos cualitativa y cuantitativamente mucho más que hace cincuenta o cien años y sin embargo nadie duda de cuánto nos falta, aún tratándose de un específico y determinado problema. Contamos con medios técnicos que, prolongando las capacidades y disposiciones del hombre, ayudan en la tarea de la investigación y su difusión y, sin embargo, la marcha es lenta y requiere el trabajo mancomunado.

En nuestra época se torna difícil pensar en el investigador científico solitario, estudioso de un campo disciplinario. Son tan complejos los dominios de la ciencia que ya no se habla sino de especialistas en problemas, más que en disciplinas o campos, resueltos por una tarea conjunta. Mas, la especialización es también una renuncia, como la visión parcializada de un mural, puede hacernos perder de

* Este escrito, remite a los estudios que publicamos sucesivamente en: *Historia del pensamiento filosófico argentino*, Cuaderno II, Fac. de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1976, pp. 259-314; Cuyo, *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino*, Ibid. XI, 1974/78, pp. 65-115; *Historia del pensamiento filosófico argentino*, Cuaderno III, I-bid., 1980 y a otros que permanecen inéditos.

vista la belleza de la totalidad. Es cierto que el saber se ha complejizado, pero debemos evitar su atomización a pesar de que 2.500 años de historia en algunos problemas son demasiados como para llevarlos sobre nuestras espaldas.

Las dificultades con las que se tropieza son muchas y de diversa índole, pudiendo considerárselas como externas e internas a la misma ciencia. Baste señalar entre las primeras, razones económicas, políticas, religiosas, éticas, como también problemas propios de lo que puede considerarse como etapas precientíficas. Piénsese en el marco cosmovisual desde el cual el científico se comporta, aún sin haber sido objeto de su propia reflexión crítica, como así también los elementos ideológicos que se filtran en sus interpretaciones, obstaculizando de este modo la búsqueda de la verdad. No mencionemos, sino al pasar, el apabullante problema de mantenerse al tanto de lo realizado sobre el tema, hecho que influye sobre el curso mismo del propio trabajo, generando —a veces—, ciegas competencias por acopio y ocultamiento de datos, en una actitud egocéntrica que sólo busca el exitismo, alejándose del bien como fin propio del hombre.

Entre las dificultades de orden interno podemos pensar aquellas que hacen al contenido y planteamiento de los problemas, las ciencias auxiliares a las cuales se recurre a modo de instrumentos, la validez de los métodos de investigación, como también los avances tecnológicos y la modernización del instrumental, los niveles de comprensión y el carácter de las teorías que se elaboran, los criterios y el lenguaje en el que habrán de expresarse las verdades halladas, hecho que facilitará el intercambio y la interpretación crítica de lo alcanzado, como proceso decantador de verdades. Estas son, en una actitud desinteresada, el motor que mueve los pasos de la ciencia cuyos límites son siempre nuevos.

El científico de hogaño, como el de antaño, sigue dando muestras de alcanzar métodos cada vez más refinados. Piénsese, por ejemplo, dentro del campo de la bioquímica analítica en la espectrofotometría, la fluorimetría, la espectroscopia de masa y de rayos X, los radioisótopos, etc. etc. Todos colaboran para entender el fenómeno de la vida y, aunque ésta es reductible a una sucesión de procesos enzimáticos, ¿cómo explicar que de una realidad cuantificable pueda surgir una realidad cualitativa como es la cultura y la propia ciencia? ¿Cómo explicar el salto que abre el camino hacia la creación de ideas y de conocimientos, cuya existencia si bien es por y para el hombre escapa a las contingencias del individuo?

En nuestro caso nos propusimos trabajar desde una perspectiva historiográfica nacional que, dentro del plano filosófico, nos permitiera rastrear una línea no trabajada hasta la fecha. Los estudios epistemológicos ofrecían la posibilidad de estudiar un campo interdisciplinario (en filosofía usamos la palabra con múltiples reparos)

que resultara "útil" a una historia del pensamiento filosófico argentino y a una epistemología ya fuera encarada por problemas o disciplinas.

El objeto del plan fue la elaboración de un resumen histórico del desarrollo de algunas opiniones relativas a temas epistemológicos, *entendiendo por epistemología* lo que la etimología misma de la palabra ofrece: ciencia de la ciencia, es decir, reflexión filosófica sobre la ciencia que busca responder a preguntas científicas frente a otros tipos de investigación; qué procedimientos le son propios; cuáles son los caracteres específicos de la verdad lograda; qué grado de certidumbre nos brindan las leyes científicas; cuál es su validez, . . . Nos alentaba un propósito expositivo sin soslayar la evaluación crítico—filosófica de las cuestiones tratadas.

Temporalmente situamos el estudio desde las primeras décadas de nuestro siglo. El criterio de selección tuvo en cuenta dos aspectos:

a— La iniciación académica de los estudios epistemológicos en la facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en 1927, que efectiviza el clima suscitado por la lectura de los epistemólogos más importantes en los comienzos del siglo: Meyerson, Poincaré, Duhem, Le Roy, Enriques, Mach.

b— La disponibilidad de material bibliográfico suele presentar más inconvenientes de lo que previamente puede sospecharse. Si bien ésta puede ser una circunstancia externa a la tarea filosófica, no lo es a la de carácter historiográfico, pues en este caso las obras escritas constituyen el documento con el que se trabaja y hacen al éxito de la misma por constituir la fuente a partir de la cual se desarrolla la cuestión.

Al indagar el tema desde el marco de una Historia del pensamiento argentino no nos propusimos incursionar en la polémica de si se trata de una "epistemología argentina" o de una "epistemología en la Argentina". Nuestro país ha sido singular en lo que a creación literaria y estética se refiere, pero en cuestiones filosóficas debemos ser cautelosos y diferenciar lo original de lo novedoso. Esto es así no por un descreimiento en nuestras posibilidades de generar un pensamiento original, sino porque al repensar los mismos problemas interviene un tiempo social, un tiempo histórico, un tiempo científico, que no son determinantes, pero tampoco deben desconocerse. En este sentido podemos afirmar que la filosofía, y en nuestro caso los estudios epistemológicos, adquiere modalidades propias que desde los textos aparece como un preguntar que pone de relieve una inquietud originaria —por eso es auténtica—, y originante en cuanto es fuente para la reflexión. Por esta razón la tarea para todo aquel interesado en estos temas será el recorrer desde su propia experiencia los textos evocados.

II— LA METODOLOGIA

Ante las exigencias que suelen requerir por el método utilizado podríamos decir que en términos generales ha sido el histórico—filosófico que supone la selección, clasificación e interpretación de textos, registro de hechos, informes y testimonios, acompañado del uso de bibliografía especial y general, según las necesidades de la temática y las exigencias propias de la investigación histórico—filosófica.

Pero ¿se trata lisa y llanamente de explicitarlo así? Si bien el resultado del trabajo realizado se mueve en el ámbito del desarrollo histórico de las ideas epistemológicas en la Argentina, cabe complementarlo e integrarlo en un pensamiento epistemológico crítico y especulativo actual, como su propio ámbito referencial sin el cual carecería de su verdadero contenido.

El tema puede remitir en este caso a conceptos fundamentales pues, por sobre una investigación historiográfica se ubica el cuestionar filosófico que va más allá de lo meramente situacional. En efecto, el verdadero suelo del pensamiento histórico—epistemológico es el ámbito filosófico que trasciende no solamente lo fáctico, sino también el nivel operativo de la ciencia, preguntándose por su valor. Por supuesto, no es que en el proceder deje de haber operatividad pero se procura en este caso cuestionar aquel cuyo dominio pertenece a la ciencia. En ésta importan a veces más los resultados que la experiencia vivida y aquí se trata, justamente, de tornar cuestionable lo que aparece como obvio.

III— CONCLUSIONES GENERALES

El buscar la filiación filosófica de los autores y las líneas de pensamiento en la cual pueden insertarse tiene como propósito comprender el mundo histórico en el que se presentan sus ideas epistemológicas. La exposición temática en cada uno de ellos opta, naturalmente, por un criterio sintetizador para evocar los aspectos más destacables en el plano de dichas ideas que, desposeídas del marco histórico—cultural en el cual se inscriben, adolecerían de simplificación. Debe tenerse en cuenta que explicar el pensamiento sin un marco histórico referencial es empobrecerlo y cristalizarlo. Por esta razón no resulta meramente anecdótico el transcribir algunos datos biográficos.

Sobre el conjunto de las obras estudiadas hasta el presente, podemos decir que convergen en el planteamiento de problemas epistemológicos autores que responden a distintos tipos de formación. Por un lado aquellos que provienen del campo científico—matemático con inquietudes más amplias que las estrictamente científicas

(Korn, Laclau, Rey Pastor, Loyarte, Papp, Babini, Neuschlosz, Nicolai, Cuatrecasas), por otro los que aportan sus conocimientos filosóficos, nunca desligados de un planteamiento gnoseológico.

Las líneas directrices del desarrollo de estos estudios aportan influencias de escuelas y movimientos de diversa raíz, según la formación filosófica de los autores. En algunos de ellos el positivismo se hace presente en forma clara y directa (Laclau—Nicolai), en otros cobra mayor importancia el empirio—crítico (Neuschlosz, Prélat, Isnardi, Butty), con matices positivistas más atenuados. Para ellos la filosofía es simplemente dama de compañía de la ciencia. En los que pertenecen al campo de la filosofía por una urgencia interior, la actitud antipositivista y hasta superadora del mismo cobra el carácter de una fuerte decisión filosófica bajo el influjo del idealismo y el vitalismo (Korn, Alberini, Rougés). Resulta igualmente clara en algunos autores la necesidad de rescatar la línea tradicional del pensamiento que tiene sus antecedentes en Aristóteles y se mantiene como una constante hasta nuestros días (Asti Vera, Franceschi). Pero las ideas se enriquecen al acercarnos a nuestro tiempo. Se matizan de nuevas influencias europeas y americanas que crecen con el aporte de observaciones y críticas personales, hasta adquirir una definida fisonomía propia (tal el caso de Rougés y Romero, por ejemplo).

Valga lo expresado respecto de las influencias, pero es preciso tener en cuenta que el pensamiento de estos autores surge en una época en la que la ciencia y la técnica juegan un papel que se acrecienta y aparenta dominar el quehacer total del hombre y deja, no obstante, sin resolver —como es obvio— la urgencia filosófica y teológica, porque intentar hacerlo desde la ciencia equivale a no resolverlo a pesar de los denodados esfuerzos de tantos científicos que confunden lo dado con lo que debe ser; lo que es *physei* con lo que debe ser *thesei*. Pierden de vista el norte que es perfección totalizadora en cuanto realización de la libertad. En este sentido resulta gratificante visualizar el crisol de ideas que se presentan en los autores trabajados, en muchos casos doctrinariamente imposibles de aunar. Muestra un pensar inquieto y alerta a distintas influencias filosóficas que anula la posibilidad de una rotulación taxativa y gana en diferencias y matices.

La calidad y el nivel de los escritos epistemológicos consultados refleja en algunos casos una preocupación filosófica desinteresada, en otros tangencial a la actividad que desarrollaron desde la ciencia (Nicolai, Isnardi, Butty, Herrero Duclaux, Laclau, Prélat), a veces al servicio de ciertas ideologías, en cuyo caso la reflexión sobre los temas que nos interesan aparece como un apéndice de la actividad profesional que cumplieron o cumplen. El resultado para la

filosofía en estos últimos, es el de un saber subordinado a la ciencia, pues se la aborda con un carácter prejuicial. Algunos de estos hombres comparten el criterio positivista por el cual el modelo paradigmático de saber es el físico—matemático que se refiere a realidades espaciales y temporales, observables y experimentables, que pueden expresarse matemáticamente. Discuten el principio de incertidumbre pero se mantienen fieles a la concepción tradicional de la materia y la interpretación mecanicista.

Respecto de la biología adoptan una actitud reduccionista, pues someten el estudio de la vida a la resultante de procesos físico—químicos que la torna comprensible en ciertos aspectos, pero descuida la totalidad. La antropología pierde su sentido y el estudio del hombre se lo reparten la fisiología y la sociología biológica en el intento de hallar la ley general que explique hasta la conducta ética. Establecen una separación neta en el modo de trabajo de la ciencia y la filosofía. La primera opera mediante observación, experimentación, inferencia y deducción, en tanto la filosofía lo hace mediante la intuición, careciendo de criterios de verificación. La eficacia práctica del método científico les conduce a una subestimación de la filosofía, una negación de la metafísica y un descrédito del pensamiento aristotélico.

Culpan a la filosofía de algunos de los fracasos conceptuales que la ciencia ha padecido en su desarrollo como si hubiese cumplido una función retardataria de la cual hoy se hallarían liberados, en especial de todo “mito” absoluto. A propósito señalemos, en términos generales, algunos errores graves:

1) No advierten por desconocimiento las diferencias entre ideologías, ciencia y filosofía, en una actitud precipitada que corre el riesgo de prolongarse en nuestros días, otorgando a la ciencia valor mesiánico como el camino apropiado para hallar las leyes de la “humanidad”, término éste que por otro lado les resulta muy caro.

2) No se trata de que la ciencia haya padecido los efectos de una nefasta filosofía, antes bien creyó hallar en esa búsqueda la suya propia sin tener en cuenta la naturaleza de su objeto y los métodos que debe emplear.

Cuando la ciencia accedió a nuevos resultados y métodos más “eficaces” dejó de lado arrogantemente a la filosofía, queriendo extenderle a ésta sus propios criterios interpretativos en un anhelo por convertir en mensurable cuanto objeto hallase a su paso. Hoy no ha variado en esta aspiración pero conoce sus propias limitaciones y la omnipotencia es tan sólo una expresión de deseo. Confía en el esfuerzo a través del tiempo para solucionar sus problemas y esto es legítimo, como también de ningún modo censurable, pues es la confianza en el poder de realizaciones del hombre y en la aptitud para

resolver las dificultades.

3) La filosofía no ha trocado ni su objeto ni sus métodos por otros más novedosos o efectivos. Le resultaría vano. Sigue buscando respuestas y alerta a los científicos que la razón humana no puede salirse de su propio cauce y liberarse del afán por lo absoluto, pues en toda tarea hay siempre un principio que actúa como tal. De lo contrario, ¿cómo avanzar en el conocimiento sin tener un núcleo generador que proceda como causa? Tampoco ha dejado de tener una *télesis* como polo de atracción en la investigación.

El científico ha hallado en el mecanicismo un derrotero de logros y sucesos a los que no puede renunciar. Con las explicaciones de carácter físico—matemático se ha aproximado a un máximo ideal de certeza, pero conlleva un modo especial de considerar al hombre respecto del cual debe guardarse distancia. Tiene una idea apocalíptica de éste porque es un ser más en la naturaleza y como tal su especie puede mutarse o agotarse, de la misma manera que lo han hecho otras especies.

No deja de ser cierto que la vida del hombre se inscribe en la vida de la propia naturaleza, pero tampoco deja de serlo que su vida puede adquirir la forma más acabada y es la única capaz de pensar, precisamente, el fin. El fin como *perus* y el fin como *telos*, pues el hombre es el único ser abierto hacia la trascendencia, el único que posee la ciencia y la técnica que no lo salvará de un apocalíptico fin sin antes salvar su integridad espiritual, hoy tan abatida, pues, como decía Aristóteles, "No todo término merece llamarse fin, sino el mejor".

En aquellos que han recibido las influencias del empirio—criticismo la filosofía se identifica erróneamente con una concepción del mundo, ese trasfondo dinámico y práctico, no categorial, que subyace en toda época, pero que no debe confundirse con la filosofía, pues ésta es, precisamente, pensamiento reflexivo. Otros aspiran a tomar distancia del pensamiento común y del pensamiento filosófico, achacándole al primero precariedad y al segundo ineficacia. Le arrogan a la ciencia la mejor parte sin tener en cuenta que ambos y ella misma son niveles del pensamiento del hombre y, más aún, conciben en la mente del propio científico, real o virtualmente.

En autores como Isnardi aparece en forma expresa la necesidad de un acercamiento entre científicos y filósofos, deseo que se prolonga renovadamente en nuestros días y que debe darse desde un ámbito lingüístico hasta un ámbito ético, pasando por el gnoseológico y epistemológico, sin descontar una ontología general.

Las figuras que vienen del campo de las ciencias positivas tienen el mérito de no haber permanecido en un saber puramente profesional. Al asumir las ciencias en su valor teórico y epistemático se

han abierto al horizonte y la problemática de la teoría del conocimiento y a los problemas últimos de la ontología y de la axiología, especialmente suscitada en algunos casos por las ciencias exactas, físico-matemáticas y biológicas, en otros por las ciencias del hombre. Han dado respuesta a esta intrincada problemática que ha sido y será preocupación del hombre desde el horizonte de su tiempo, de las corrientes de la filosofía de su época y del estado o nivel de las ciencias en una actitud no siempre reiterativa del pensamiento occidental europeo, sino con sesgos personales, según se advierte por ejemplo en Korn, Franceschi, Rougés, Rey Pastor.

No falta en este puñado de hombres una preocupación ética que tiene valor formativo en sí mismo y en la actividad docente universitaria que cumplieron y cumplen como forma de entrega vital.

El nivel de las obras analizadas es testimonio del modo en que se han desarrollado los estudios epistemológicos en nuestro país. Sirven para una toma de conciencia sobre la labor realizada, los límites de los planteos y el alcance de la preparación con que se abordaron los temas.

En el presente cabe preguntarse cuál es el alcance y la significación que tiene la palabra epistemología en la Argentina, quiénes trabajan desde este ámbito, qué formación filosófica poseen, donde desarrollan su tarea, desde qué centros de enseñanza irradian su labor, cuáles son las perspectivas futuras de sus investigaciones. La necesidad de un acercamiento entre ciencia y filosofía ¿debe hacerse desde la epistemología en forma exclusiva? ¿qué otro horizonte de comprensión se presenta entre ambas? Los interrogantes aún están planteados.

CONICET
MENDOZA

* Miembro de la carrera del Investigador Científico del CONICET.